

Por [Tomás Sánchez](#)

Me acompaña un holograma.  
Estamos en una discoteca:  
se trata de la primera de carácter ecológico en Inglaterra:  
es capaz de reciclar la energía  
    que producen los clientes al bailar  
en electricidad,  
funciona completamente a base de energías renovables  
(hasta el agua reciclan)  
y se llega al extremo de premiar con entradas gratis  
la conducta medioambiental de los que lleguen allí  
en bici, bus o a pie.  
El holograma se ha quedado hablando con el dueño  
en la brillante barra  
(colorido a raudales entre motivos barrocos por doquier)  
de la primera nave de la planta calle.  
Cócteles orgánicos en vasos de poliuretano en su interior,  
silencio como de diseño.  
Conversaciones infinitas sobre el cambio climático  
con una vagina parlante en la sala vip de la discoteca  
en la segunda nave, a la que accedo solo,  
tras volver de la planta sótano,  
en la que estaban unos técnicos de sonido  
y empleados de una firma de interiorismo,  
y es entonces cuando me he tendido  
a lo largo de un inmenso sofá rosa  
hasta que ha hecho acto de presencia  
la gigantesca vagina  
-diría que de unos dos metros de alto-  
preguntando no recuerdo por qué cosa  
en vertical e intermitente pliegue labial  
de considerables dimensiones,  
en realidad un todo,  
expeliendo significantes,  
una luz cenital blanca cae sobre nosotros  
en oblicuo al suelo, abarcándonos a ambos,  
yo estoy casi fuera del virtual volumen lumínico,  
que muestra más nítidos desde esta media distancia  
los colores y brillos de la combada forma,  
entonces me siento y dialogamos sin límite  
acerca de sus consecuencias  
(el llamado efecto invernadero),  
tales como pérdida de biodiversidad

en las selvas tropicales,  
incremento de las plagas  
y enfermedades de transmisión vectorial,  
aumento del nivel del mar  
y en consecuencia pérdida de tierras fértiles en las costas,  
condiciones agrícolas impredecibles,  
mayor frecuencia de situaciones climáticas extremas  
o dramáticos cambios  
en la distribución y cantidad de alimentos marinos.  
Multitud de datos y reflexiones,  
razonamientos elongados,  
encadenados, en ensamble,  
por asociación de ideas.  
No tanto en disección y al detalle,  
superpuestos o solapados los menos,  
pero nada de preguntas personales,  
ni de pasos al frente.  
Nos despedimos, no la he vuelto a ver.

## **Holograma**

Un holograma  
se compró una puerta,  
maciza, monoblock,  
chapada en roble liso,  
acabada con barniz natural poliform,  
con herrajes de aluminio,  
bisagras importadas,  
de 1,10\*2,40 m.,  
estilo georgiano:  
refinamiento y comodidad,  
innovación rectangular,  
densidad y volumen:  
imprescindible  
fuerte desembolso de energía  
para su porte  
(bordeando los límites de la épica,  
un reto en sí misma).  
La puerta no había de llevarlo lejos,  
lo sé,  
no había de conducirlo

a paraísos desconocidos,  
recursos sin intoxicar,  
sitios abandonados,  
la puerta estaba ahí pero sin dirimir,  
continente  
pero no contenido,  
la puerta no se extinguía,  
no ahogaba,  
no tenía sombras.  
Con ella al hombro creó  
su propio grupo de seguidores,  
In hoc signo vinces,  
Con este signo vencerás,  
y lideró una procesión un tanto,  
digamos, sui géneris,  
ataviados todos en armonía.  
A él y a sus escuderos  
los vieron  
con una firme devoción y creencia  
en sus propias posibilidades  
comenzar su travesía  
en los Lagos de Covadonga,  
de origen glaciar,  
al que tomaron  
como referencia de partida,  
fecha futura a conmemorar  
y punto cero  
de todo lo demás,  
bajar los doce kilómetros  
hasta el santuario  
en irregular pendiente,  
pasar de camino al sur por Madrid  
haciendo piña por delante  
del Wanda Metropolitano,  
del Pirulí y de Torre Picasso,  
también por el Paseo del Pintor Rosales,  
y por la Casa de Campo,  
donde hicieron un alto en el camino,  
alcohol y rumanas  
-no somos de piedra-,  
y, tras cruzar La Mancha,  
por Despeñaperros,  
donde, tras un largo recorrido,  
y gracias al holograma,  
Sumo Sacerdotísimo,  
se encontraron todos

con Ganímedes Siglo XXXV,  
no se sabe muy bien  
por qué relación causa-efecto,  
ni si realmente se produjo  
dicha relación  
o la misma fue necesaria,  
pero el caso  
es que se encontraron todos  
con el tal Ganímedes,  
feneciendo,  
a modo de colofón de un camino  
de límites predeterminados:  
hasta que les llegó  
ésta su hora de salto al vacío  
en grupo,  
viajaron  
durante más de dos mil pájaros:  
vivir es elegir, y elegir es acotar.

### **El cantante calvo**

Aquella tarde yo me encontraba,  
amenizando la sobremesa de los comensales,  
en la terraza del Bar Restaurán  
Las manos de Eduvigis,  
en Hornachos, Badajoz,  
subido en lo alto de la barra,  
cantando La cabra  
(quiero pensar que moviéndome  
al compás de la estrofa  
y al gusto de la mayoría).  
Con medias blancas del Madrid,  
que compré en la tienda oficial  
de La Esquina del Bernabéu,  
y un pantalón del chándal de la Legión  
por toda indumentaria,  
luciendo bíceps y tableta de chocolate.  
Sujetaba un zapato marrón de rejillas, con borlas,  
entre las manos,  
tiritando levemente.  
El local se encontraba casi lleno:  
eran las fiestas patronales del pueblo.  
Entró entonces al bar  
un grupo bastante voluminoso  
de cuadrilla de banderilleros,

perro,  
y un par de agentes de la benemérita.  
Los acompañaba el tonto del pueblo,  
quien acto seguido fue a subirse, atemorizado  
(ya había comenzado la Metamorfosis de masas:  
algunos en una tez repentinamente tosca, gris, extraña):  
testigo de excepción,  
sobre el coche patrulla:  
Todo por la patria.  
Los de verde me instaron, tricornio en mano,  
a bajar al suelo  
(mentando, algo acalorados,  
reiteradamente al Santísimo,  
tras el tercer intento en vano),  
al tiempo que insistían en colocarme  
el par restante en el pie izquierdo.  
Afeándome, por lo demás,  
en todo momento la conducta.  
Un tercero, de hecho el superior directo de ambos,  
que permanecía allí desde el principio,  
seguía haciendo impasible al sol y sombra  
al fondo  
(ya iba por la tercera copa balón,  
en plena Metamorfosis de masas).  
En un momento dado, el jefe de los de verde  
aplacó a los suyos, y  
(principio de obediencia debida... ),  
acto seguido, y ya en un cara a cara,  
fuimos implementando, sin problema, ideas,  
a efectos de chupar cámara.  
Me adelantó, él, en lo mediático,  
tras subir al otro extremo de la misma barra,  
recitando a Luis Alberto de Cuenca,  
¿en lenguaje máquina?,  
quizá,  
así que decidí contraatacar  
y virar definitivamente hacia mí  
el centro de gravedad  
en lo referente a la atención del grupo:  
el sólo seguir cantando  
no volvía a dar de sí lo esperado,  
en plena Metamorfosis de masas,  
por lo que, viva Bélgica,  
y bebo Bélgica,  
me vi viviendo décimas después  
como un punk,

como los Sex Pistols:  
una vida tóxica y rápida.  
Esto es,  
conduciendo al vent mi serpiente:  
dejando mi gran huella  
desde el estrado al auditorio  
en singular parábola  
de pendulante eje de partida,  
riego por aspersión: lluvia dorada.  
Quisiera llegaros gota a gota a todos.  
Por fin le dieron la espalda:  
ahora todos se dirigían a mí  
sin salir de plano.  
Pero entonces ya estábamos rodeados, ambos,  
de Rinocerontes.  
Ora pro nobis.